

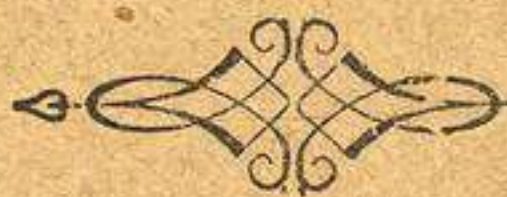


# Carta Pastoral

DEL

EXCMO. É ILMO. SR. OBISPO DE  
ZAMORA

Sobre la impiedad protestante  
y otros escándalos  
de los presentes tiempos



ZAMORA

Imprenta de la Viuda de Iglesias.

—  
1897

Dioc.

ZA

1/22









R-539

Doc  
ZA

1/22

# Carta Pastoral

DEL

EXCMO. É ILMO. SEÑOR OBISPO DE  
ZAMORA

Sobre la impiedad protestante  
y otros escándalos  
de los presentes tiempos.



ZAMORA

Imprenta de la Viuda de Iglesias.

1897









Nos el Doctor Don Luis Felipe Ortiz y Gutierrez.

por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Zamora, Caballero gran Cruz de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, etc., etc.

**A** Nuestros muy amados hermanos é hijos, los sacerdotes y fieles de esta Nuestra Diócesis.

*Salud y Gracia en Nuestro Señor Jesucristo.*

Nos hemos enterado con disgusto de que por algunos puntos de Nuestro Obispado circulan sectarios de la peste protestante, que se esfuerzan en propagar entre Nuestros amadísimos hijos sus nefandos errores, ya de palabra, ya con la difusión de folletos perniciosísimos.



No tememos ciertamente, carísimos hermanos é hijos Nuestros, que la bendita religión católica, única verdadera, pueda ser suplantada en nuestra tierra por el estéril y corruptor protestantismo, tan desacreditado y decaído; ni sus mismos propagandistas pueden abrigar sobre ello esperanza alguna, los cuales por eso reducen sus aspiraciones á hacer su negocio personal, lucrándose el vergonzoso salario que, como precio de sus reprobables y estériles tareas, se les reparte desde los centros de la secta. El fruto por todo extremo lamentable de semejante propaganda, no cede, por cierto, en provecho del protestantismo como religión positiva, porque lejos de ser posible hoy su difusión y propagación, aun allí mismo donde, por imposición de los poderes de la tierra, ha imperado tiránicamente sobre los ánimos, no resiste á la acción divina de la verdad católica, la cual va dichosamente recobrando su propio terreno y sus derechos, atrayendo á su seno á los protestantes ilustrados y de buena fé, que en número mayor cada día, se convierten á la religión católica, así en Europa como en América.

Es cierto y evidente que el protestantismo, como religión positiva, y en cuanto que funda sus enseñanzas en la revelación, por el mal entendida, no es ya seguramente el error y la herejía de estos tiempos, mucho menos desde que perdió el apoyo interesadísimo de los Gobier-



nos terrenales, porque dejadas á sus propias fuerzas todas las sectas, no pueden luchar siquiera con el prestigio divino y la acción vivificante y salvadora de la verdadera Iglesia de Jesucristo, constituida por Dios sobre la base del Romano Pontífice, como Vicario suyo en la tierra. Por otra parte, la malicia y la perversión de los tiempos modernos no se avienen con la hipocresía del protestantismo, ni con la comedia religiosa que este ha venido representando en el mundo; el error moderno es más radical, se ha revestido de toda la malicia de satanás, y rebelde como este, álzase contra Dios sacrílegamente, rechazando á Jesucristo y toda revelación divina. Pero la misma secta protestante, que abrió de par en par las puertas de las sociedades cristianas á esa bárbara irrupción del racionalismo y positivismo modernos, foméntalos hoy con sus predicaciones y enseñanzas, al conspirar con ellas intencionalmente y con preferente mira, al descrédito, de la única religión verdadera. Los incautos que oyen ó leen este género de propaganda, mal dispuestos para resistir al error por la general falta de instrucción en materias religiosas, muy fácilmente sufren escándalo en la fé, concibiendo frecuentemente dudas que son gérmen de muerte, y concluyen al fin, por no creer en nada. Así, por tantos caminos, ha sido y está siendo la secta protestante el principio generador de



la impiedad y desmoralización que corrompen las sociedades modernas.

## II.

Aun adoleciendo de este mortal achaque de descreimiento los asalariados que negocian el *modus vivendi* con los oficios de esta propaganda protestante, tienen que evitar la odiosidad y mal efecto de su falta de religión, que chocaría y repugnaría á los hábitos de té que conservan las víctimas que buscan, y vienen por eso disfrazadas de creyentes, simulando á veces un fervor religioso, que, además de hipócrita, peca á menudo de ridículo. Por eso, tanto en sus predicaciones, como en sus escritos, afectan una piedad extraña y contrahecha; la cual fundan estribando en uno de los dogmas capitales de la corruptora escuela protestante, el dogma de una desatentada presunción de espíritu y de una confianza mística y absurda, que son incompatibles con toda regla de sana moral y de buenas costumbres.

Bien sabido es, hermanos é hijos Nuestros, que, según la doctrina protestante, toda la obra de la justificación y santificación del alma, está reducida á creer la palabra de Dios, mejor ó peor entendida por el espíritu privado; de manera que la fé con la ciega confianza en ella, santifica por sí sola al alma y la preserva ade-



más de pecados ulteriores, pues por más acciones pecaminosas que el hombre cometa, no han de alterar su estado de santificación, ni le harán responsable de ellas, mientras crea firmemente que los méritos de Jesucristo le hacen irresponsable y le salvan.

Pasma verdaderamente que el sentido moral innato en el hombre, su natural pudor y el sentimiento de su propia dignidad, hayan consentido la predicación de tan abominable doctrina, haciendo posible alguna vez su triunfo en los ánimos de las gentes. ¡Tan grande es la obcecación y desvario á que pueden conducir las pasiones perversamente halagadas! ¡Tan hondo es el abismo de miserias en que ha solido caer el corazón humano, por la deficiencia de la razón y la pérdida de la luz del cielo! Con tan cómodo sistema de reducir toda la religión y su moral á creer solamente, resultando todas las cosas lícitas mediante la fé, como la única condición para salvarse, ¿por qué ha de extrañarnos que se reproduzca en los centros de las sectas la abominable inmoralidad con que tantas veces han escandalizado al mundo, y que cada una de las escuelas protestantes se convierta en vergonzoso lupanar, desde donde se expida á los pecadores más corrompidos é impenitentes un salvo conducto para el cielo?

El cinismo escandaloso de esta doctrina es la primera de las blasfemias heréticas del pro-



testantismo, y una sacrílega injuria á nuestro divino Redentor Jesucristo, á quien los protestantes, por otra parte, afectan adorar con mentidas efusiones de un amor cómico. No pereció Judas sin dejar su sistema de traición inoculado en la malicia de los hombres; y ciertamente el amor y las adoraciones de que hablamos es otro beso nefando con que el protestantismo ha tratado de entregar al Hijo de Dios á la dominación de satanás, destruyendo á la vez su reino en el mundo y todo el sistema cristiano de la justificación y salvación de las almas.

En efecto, amados hermanos é hijos Nuestros; ante la blasfema negación del protestantismo y dentro de su sistema teológico nada queda en pie de la excelentísima obra divina de nuestro Redentor Jesucristo. La Iglesia por él fundada es para los protestantes una como mera abstracción, que carece de realidad visible; y hasta imposible resulta su existencia desde que secabaron su fundamento rechazando la autoridad del Primado de San Pedro, y negándolo por tanto al sucesor de éste, el Romano Pontífice, que es depositario y ministro del soberano poder de Jesucristo en el mundo, por cuya divina voluntad, el Papa fué constituido como condición fundamental y necesaria para la existencia de la sociedad cristiana. Desaparecen igualmente los frutos de la Redención aplicables á la santificación de las almas, pues



vinculados, como están, á los sacramentos por institución de nuestro Redentor divino, y rechazados con escarnio los sacramentos por los protestantes, no quedan á los fieles medios ordinarios de salvación.

Entre todos los sacramentos, mencionamos, amados hijos Nuestros, con especial interés y humilde adoración, el de la Sacratísima Eucaristía, del cual blasfeman los sectarios, pretendiendo despojar á la Iglesia de este admirable tesoro, fuente de regalados goces y consuelos inefables para las almas, como prenda preciosísima del amor y ternura de Jesucristo, y garantía de la futura gloria de los justos. Rechazado por los protestantes este sacramento de amor y la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, es consiguiente que combatan y rechacen también el santo sacrificio de la Misa, que es el acto supremo de nuestro culto y la sustancia de toda la religión. Así es grande y sacrílego el despojo que pretende hacernos el protestantismo, negando á la Iglesia la divina ofrenda que á Dios hace, y que es á Dios infinitamente amable y complaciente, y cuyo sacrificio á Dios ofrecido, satisface cumplidamente á su justicia y nos preserva de sus rigores, procurándonos además bienes y favores sin tasa. Grandes como son nuestras necesidades y nuestros peligros de la tierra, así ha sido grande con nosotros la largueza de nuestro Señor



Jesucristo, que ha provisto á nuestra indigencia y espiritual miseria, con dones tan preciosos y regalados, como el de su cuerpo y su sangre, que nos donó para siempre en su testamento de amor, instruyéndonos en el modo de practicar y celebrar estos misterios para tenerle perennemente con nosotros sacramentado.

El odio satánico de los protestantes contra este inefable misterio, compendio y monumento de sus maravillas, los ha tornado más de una vez furiosos contra él, hasta el extremo de ejercer horribles violencias contra la hostia sacrosanta, arrojándola ferozmente, conculcándola y lacerándola con imponderable saña; y más de una vez en tales casos, ha brotado sangre maravillosa de la Hostia santísima, como se puede ver en las que se conservan dichosamente despues que fueron rescatadas de profanaciones tan horribles.

Hay en el protestantismo, amados hermanos é hijos Nuestros, una depravación tan grande del sentido moral, con mengua y rebajamiento de todo lo noble y todo lo elevado que existe en el corazón de los hombres, naturalmente cristiano, que parecen descubrirse en ello las influencias de satanás en la constitución de ese heretical sistema antikatólico y anticristiano. Bien comentado ha sido, por cierto, el trato íntimo que con el ángel malo tuvieron los sacrílegos Patriarcas de la heregía protestante,



á quienes se incorporó; pues como el diablo hu-  
ye de la cruz, así los protestantes no resisten y  
abominan las imágenes de los santos, que ex-  
presan el sublime triunfo de la virtud, con evi-  
dente prestigio de la Iglesia y honor del género  
humano. Parece que hay en ellos una predis-  
posición fatal contra todo lo que es santo y  
grande y bello. Hasta el consuelo que sienten  
los cristianos cuando ruegan á Dios por sus que-  
ridos difuntos, les ofende y por eso lo conde-  
nan; combaten igualmente el sublime dogma  
de la comunión de los santos, fruto excelentísi-  
mo de la Redención, que ha hecho una sola fa-  
milia nobilísima de los cristianos en la tierra y  
los santos y justos del cielo, unidos todos entre  
sí por modo divino con vínculos del espíritu, y  
viviendo todos sobrenaturalmente la vida de  
Cristo, que es la cabeza de este nobilísimo cuer-  
po místico. Justamente, por tanto, los católicos  
invocan con dulce esperanza el patrocinio de  
sus hermanos que reinan en el cielo, aunque á  
despecho también de los protestantes, que igual-  
mente lo reprueban, como reprueban asimismo,  
que se tribute honor y culto á los santos, á pre-  
texto de que es una idolatría, como si fuese vi-  
cioso y pecaminoso honrar y glorificar á aque-  
llos á quienes Dios mismo honrar quiere.

### III.

Este cuadro abreviado, y por tanto incom-



pleto, de los errores protestantes, basta para que se vea en alto relieve las abominaciones de semejante doctrina, y las aspiraciones á la total ruina del cristianismo que concibió el infierno, de consuno con sus sacrílegos ministros, mediante la obra destructora del protestantismo. Dios en sus justos juicios, y por los pecados de los hombres, ha consentido que esta nefanda bestia destrozase y talase pingües mieses de la heredad del Señor, aunque no ciertamente sin gloria de la Iglesia, que sobrevive inmortal á todos los errores sostenidos contra ella por los poderes más enérgicos del mundo; pues para mayor realce suyo, y mérito y robustecimiento de los justos en la fé, ha dicho el divino oráculo que es necesario que haya heregías.

Así es como Dios poderoso y sabio, saca bienes de los males, aunque estos sean tan grandes, que nunca se lloren bastante, como los causados en Europa por la bestia del protestantismo. ¡Cuántos países devastados por su violencia! ¡cuánta perturbación y discordia producidas entre los fieles! ¡cuántos años de lágrimas y de sangre vertidas por la persecución, y por las guerras provocadas con insultante arrogancia por la heregía, en Inglaterra y en Alemania, en los Países Bajos y en la misma Francia! ¡cuántos naufragios en la fé! ¡cuántas almas perdidas y anegadas en esos mares de escándalo! Todo este sacrificio y ruina misera-



ble le fué impuesto á Europa vanamente para la satisfacción de la soberbia en el triunfo del error pasajero, condenado á morir necesariamente ante la definitiva victoria de la verdad, que vive eternamente. El sentido humano es incapaz de medir la tremenda responsabilidad de los temerarios fautores, que impulsaron aquellas terribles luchas, inútiles al mismo protestantismo, que llevaba consigo esencialmente el gérmen de muerte que le ha reducido á cadáver. ¡Ah! si los poderes públicos y los estadistas del mundo fuesen bastante virtuosos y de rectas intenciones para mediar con fruto en la historia, y hacerse cargo de los patentes desengaños que ofrece ¡qué lecciones tan provechosas deducirían para aplicarlas con éxito infalible al fomento de los bienes legítimos y bien experimentados, que hacen la fortuna de los pueblos!

Precisamente, hermanos é hijos Nuestros, en los días de pujanza y avasallamiento protestante, puso Dios bondadoso en esta bendita tierra de España el robusto valladar de la fé y ardimiento cristiano de nuestros padres y de la fidelidad esclarecida de nuestros católicos Monarcas, que no hicieron traición á sus deberes, y cumpliendo todos como buenos, rechazaron la invasión herética, preservándonos eficazmente de la peste moral del protestantismo, cuya dominación y consiguientes discordias



hubieran puesto á la patria en peligrosísimos trances de disolución.

Hay en nuestra historia un hecho culminante, de interés excepcional, y es el de la unidad católica, la cual, adunando en perfecta unanimidad los sentimientos y las aspiraciones de todos, santificadas por la religión, fundió desde tiempos antiguos un solo cuerpo, potente á fuer de compacto, todas las razas heterogéneas de esta tierra.

Este supremo bien de la unidad católica, base firmísima de la unidad civil, y condición cierta de robustecimiento y fuerza nacional, tuvimosle, en efecto, amenazadísimo en los principios de la edad moderna, y fué salvado en aquellos dias de gran peligro por la energía viril de un Rey prudentísimo, que contrajo por ello, junto con la admiración y el aplauso de los buenos, la animadversión y el aborrecimiento de todas las sectas y fautores de la herejía. Es preciso, por lo que importa á la crítica, á la verdad y á la religión, no perder de vista este origen de la inquina y maledicencia suscitadas contra la memoria de gloriosos Monarcas; inquina y maledicencia que, por otra parte, no deben admirarnos, como á nadie admira ni extraña el odio de los perturbadores y bandidos de otros tiempos á la saludable institución de la santa Hermandad, ni el aborrecimiento de los malhechores y ladrones de nues-



tros dias á la benemérita Guardia civil.

#### IV.

Pero los tiempos han cambiado por miserable manera. Este glorioso pueblo de España, que ha atravesado los siglos ornándose con las coronas ganadas en sus proezas admirables, inspiradas por la fé que informaba á todos sus hijos, ostentando en ello el privilegio de su pureza y fidelidad religiosas excepcionales, ha decaído lastimosamente de este glorioso concepto, descendiendo con rapidez inverosímil, hacia el nivel de los pueblos más corrompidos por el protestantismo. ¿Cómo ha podido suceder esto? No está escondida ni ignorada la clave de este misterio. Hace un siglo completo que el enemigo de nuestra salud y grandeza, hábil é insidioso, logró inocular en el organismo de nuestro pueblo la impura sangre del protestantismo ya descompuesto y transformado en un liberalismo excéptico; y logrólo con tanta fortuna, que las señales de la más intensa corrupción aparecieron en las esferas gubernamentales del Estado y en las clases más influyentes de la nación. Esta mortal infección hubiera sido en miembros inferiores, de menos importancia y de fácil remedio; pero maleados y corrompidos los elementos de resistencia contra la invasión, no solo resultó debilísima la acción pre-



servativa del cuerpo entero, sino que los medios naturales de su salud se convirtieron en poderoso impulso de progresiva infección. Con tan escandalosa apostasía y con tales recursos de propagación, esta hubo de ser efectivamente rápida, y no tardó en penetrar por las arterias de la vida social, apoderándose luego, con inmensa desgracia, de los centros de enseñanza. Desde entonces se está apoderando entre nosotros una disolución alarmante, que no es posible desconocer, y con ella, una degradación lamentable y vergonzosa en todos los órdenes de la vida, por el predominio de todas las concupiscencias y de todos los vicios, hijos legítimos y necesarios de la impiedad é irreligión.

Un mal tan grande y extraordinario, por la naturaleza de su impulso y la rapidez de su crecimiento, á que contribuyeron desgracias inesperadas de la patria, exigía remedios, también extraordinarios, y elementos de defensa, fáciles de organizar en un Estado verdadera y sinceramente católico; pero en vano á menudo, y casi siempre, los ha reclamado la Iglesia; la cual desarmada de todo poder humano, despojada muchas veces de sus derechos y recursos propios, sola, indefensa, y víctima á veces de la traición, ha venido sosteniendo enérgicamente una lucha, tan insigne, como fatigosa. Pero Dios no se habia obligado á hacer milagros, ni sabíamos hasta qué punto nos habíamos hecho



dignos de la salud por las vías extraordinarias de la gracia. Ello es que el enemigo moral parece convertido en Señor nuestro, que nos esclaviza. Rotos están todos los diques de nuestra defensa, abiertas y franqueadas por la parte de adentro, las puertas de nuestra seguridad, que trancó en otro tiempo el cerrojo de sábias leyes, y nos envuelve ya en derredor, no la invasión del protestantismo primitivo, simulacro de religión, que predicaba una fé á su manera, y el respeto á la palabra de Dios que adulteraba; sino la peste de su cadáver, que se exhala en las hediondas emanaciones de la indiferencia é irreligión, de la impiedad y la blasfemia, formas sacrílegas del liberalismo y del positivismo modernos en que ha venido á resolverse el protestantismo, con la pública indecencia de las costumbres corrompidas.

## V.

Desde esa letal atmósfera, en que vive y se agita una buena parte de señaladas clases, con no pocos elementos del organismo social y del orden literario, político é industrial, olvidados de Dios y víctimas envilecidas de la concupiscencia, estiéndense las deletéreas corrientes de doctrinas y ejemplos depravados, esforzando su propagación hácia la parte sana, creyente y fiel de nuestro amado pueblo, que no ha rene-



gado del Dios de nuestros padres, y practica su religión con honor y con mejores esperanzas. Esta parte dichosamente preservada, sufre las asechanzas peligrosísimas de la impiedad, que le brinda perniciosísimas lecturas, ó le hace sugerencias diabólicas, con frecuente escándalo, por ministerio de ciertos emisarios vendidos por vil precio al error y al masonismo propagador.

Pero en nada ponen tanto empeño todos estos ministros de satanáas, como en denigrar al clero, para desprestigiarle y despojarle de su autoridad, pues siendo los sacerdotes la personificación viva de la religión, saben aquellos bien que esta perderá ciertamente su salvadora influencia en el pueblo, á medida que este retire á sus sagrados ministros la estimación, el respeto y el aprecio que les son debidos. Por eso, los propagadores de la impiedad y las sectas masónicas, que son enemigos jurados de Dios y de los hombres, mienten de palabra y por escrito con cinismo y con vileza calumniando al clero, á fin de hacerle odioso y aborrecible á los fieles. Parece imposible que la malicia y la desvergüenza lleguen en pechos humanos al extremo de perfidia y de iniquidad, á donde han llegado las sectas masónicas con semejantes intentos. Mas cuando el corazón de los fieles no está maleado, y conservan estos pura su fé y su amor á la religión, ellos



hacen justicia contra calumnia, al mérito y á las virtudes esclarecidas del clero, que está consagrado con perenne abnegación al servicio espiritual de los pueblos y al alivio de los menesterosos y dolientes; que emplea toda su vida y todas sus fuerzas en idear planes y arbitrar recursos para el fomento de la piedad y del bien, y para obtener y aplicar á todos los sufrimientos y dolores remedios, á menudo escondidos á la sabiduría humana, y sobre todo los consuelos eficaces de la esperanza cristiana, precioso bálsamo derivado del cielo que se comunica por la gracia á los creyentes.

Para los que tienen fé y son hombres de religión, nada hay más grande, ni más estimable, ni más digno de respeto, que el sacerdocio católico, por su institución, por su significación y por sus oficios altísimos: para los hombres de buena fé y de regulares conocimientos históricos, nada asimismo tan digno de consideración y de loa, por los servicios que ha prestado á la humanidad. Jesucristo instituyó el sacerdocio y le asoció á sí mismo, para que realizase con El y por El la empresa de salvar el mundo sobre la base de la Redención; obra, por tanto, el sacerdocio con representación y con poderes divinos, verifica la sublime misión de la Iglesia como su esencial elemento operativo, y es, en fin, la misma Iglesia en acción, que por dispensación divina pone á la tierra en relaciones y



en comunicación con el cielo. Robustecido por la virtud de lo alto, y brillando con el prestigio de su admirable doctrina y de su santidad, el sacerdocio católico ha realizado la idea de Jesucristo, siendo la luz de los hombres y de las sociedades ante la historia, luciendo en ella como el sol del mundo moral. Sus resplandores han purificado el entendimiento humano con el conocimiento de la verdad, aprendida del mismo Dios, y ha hecho germinar en el corazón la semilla divina de la gracia, brotando por todas partes, en abundancia, frutos de virtudes admirables, que á menudo han transformado á los hombres en ángeles, constituyendo y regulando las sociedades humanas sobre el tipo de la familia, cuyos individuos son hermanos é hijos de un mismo padre, que tienen por vínculo el amor. En resumen, las influencias divinas del Evangelio en el mundo han dado, por ministerio del sacerdocio, el origen y el desarrollo de la civilización legítima y única, que tiene su base en el orden moral, y se realiza por el triunfo de la verdad y de la caridad en todas sus distintas y bellas manifestaciones. Todo lo ha hecho el sacerdocio católico, todo, mediante el prestigio y la eficacia de sus virtudes y de su santidad, que son la condición necesaria de su divina misión en el mundo. Si la humana debilidad, ó las seducciones de la malicia hacen surgir algun punto oscuro entre



los resplandores de la historia del sacerdocio, esa excepción, por más censurable y por más odiosa que sea en sí misma, sirve allí de contraste y realza la hermosura general del cuadro.

## VI.

Nuestra mejor defensa, y la gloria legítima del sacerdote católico, estriba en esas obras excelentes, y en nuestra conducta personal. El triunfo sobre nuestros enemigos nos le dá la virtud por sí sola. La más firme y necesaria base de nuestro prestigio y pública estimación, ha de ser, carísimos sacerdotes, hermanos Nuestros, la vida irrepreensible y santa junto con el testimonio evidente de nuestro esfuerzo en el incesante ejercicio del ministerio. Este ha sido el pedestal sobre el que se ha glorificado en todos tiempos el sacerdocio católico, obteniendo la adhesión entusiasta y firme de los cristianos, que han puesto siempre é incondicionalmente su amor y toda su confianza en los sacerdotes virtuosos, fieles á su misión divina.

La naturaleza de nuestro ministerio exige de nosotros en todo tiempo una inocencia y pureza de vida, que sea como la expresión y la imagen de la ley cristiana, haciéndonos ejemplares y tipos de su observancia según la



idea del apostol San Pablo. En virtud de ello, la Iglesia por voluntad é institución divina, reclama para el ejercicio del ministerio santo el resplandor de una virtud que sea «*totius forma justitiæ*», y cierra inexorablemente las puertas del santuario á los que no traen de ello un testimonio público; porque los ministros de la Iglesia dice ella por enseñanza divina «*fide et opere debere esse perfectos*». Más en los tiempos tan malos como los actuales, no se os oculta, carísimos hermanos, la urgencia de esta necesidad y la estrechez mayor de este deber, no ya solo por la eficacia que reclama nuestro ministerio, que debe ser de superior energía, y por las virtudes de suprema fortaleza y ardor apostólico que necesitamos en el combate, sino porque estamos siendo espectáculo y objeto de enconadas censuras á enemigos implacables, que nos han tomado por blanco de su páfida maledicencia, para escándalo y ruina de los fieles que nos están encomendados. Si nos calumnian á pesar de nuestra inocencia, ¿qué partido no sacarán de los vicios y pecados ciertos de un sacerdote, contra el crédito y el prestigio de la Iglesia, y para desedificación y avasallamiento de las almas? No tiene medida el regocijo que un sacerdote malo produciría á los impíos, y la vergüenza y deshonor que causaría á la Iglesia, manchando su faz divina con el lodo de su infame nombre y de sus hedion-



dos vicios. Hace más mal en el seno de la sociedad cristiana uno solo de esos desdichados ministros de la religión, que mil pecadores desenfrenados, escandalosos y sacrílegos; y el dolor y aflicción que ocasiona á la Iglesia, solo es comparable á los dulcísimos consuelos é inefable gozo que siente con el espectáculo angelico de los sacerdotes sin tacha, que participan de su espíritu, y viven con ella una vida de sacrificio, consagrada á la gloria de Dios y salud de las almas.

Bien sabido teneis además, carísimos hermanos, que no es virtuosa y buena la vida con solo evitar el mal; sino que será mala y reprochable, si además no hacemos el bien que debemos, y por eso Dios nuestro Señor medirá por un rasero á los que hacen la iniquidad y á los que faltan á sus obligaciones: «deficientes in obligationibus adducet Dominus cum operantibus iniquitatem.» ¿Y qué mayor pecado, que consentir en los males que se siguen, tan grandes, de faltar nosotros á las obligaciones de nuestro ministerio? ¿Y cuándo como hoy es apremiante y urgente el ejercicio solícito y constante de los oficios á que nos debemos por entero? La santa Iglesia desde su augusta Cabeza hasta el último de sus miembros, está gimiendo entre angustias y dolores, bajo la cruel opresión de sus enemigos, y con la pesadumbre de los males sin cuento que amenazan aso-



lar al Reino de Jesucristo en la tierra; y lucha y relucha en el combate fiero á que se la obliga, para preservar á las almas de la peste mortal que las invade, y para rescatar á las que le han sido arrebatadas, víctimas del error y la corrupción triunfantes. Pues en medio de estas penas de la Iglesia y de la solitud general que en ella se despierta, procurando sin tregua ocurrir á tan grandes necesidades, ¿cómo pudiera sacerdote alguno vivir ocioso faltando á lo que está obligado por su parte? Gravísima censura mereciera; y teniendo sobre sí el cargo de la cura de almas, terrible éxito ha de experimentar en el tribunal divino, si las fuerzas, y el tiempo, y el talento que debe por entero á las obras del ministerio, los disipa en estériles pasatiempos con vergonzosa indolencia, ó los distrae ó los profana en negocios seculares, porque ha de encontrar seguramente en el tribunal de Dios, un juez más austero y airado que los demás cristianos, ha de rendir una cuenta mucho más estrecha, y ha de sufrir una sentencia mucho más severa y vengadora.

Es preciso, por tanto, amadísimos hermanos Nuestros, aplicarnos con mucha solitud y esfuerzo á lo que nos pide nuestro cargo pastoral, según la medida de la necesidad presente y la urgencia del peligro que están corriendo la fé y la salvación de las almas. Esto exige nuestro honor, esto reclaman nuestras propias con-



veniencias. Alistados en la milicia divina, no podemos huir del combate sin oprobio, ni podemos permanecer inactivos sin ser arrollados por el enemigo y perecer juntamente con los fieles, pero con mucha mayor desgracia que ellos. En esta espiritual contienda, todo soldado generoso se salva á sí mismo: luchar aquí, es vencer, porque la lucha satisface á Dios, que dá el triunfo y la corona al que vence á lo mismo que nosotros su propia indolencia y cobardía. Pero nuestro generoso esfuerzo es capaz de mayores resultados, y hay que aspirar, en efecto, á mucho más que salvarnos á nosotros solos. Estamos consagrados á la gloria de Dios, y nos reclama su honor conculcado y escarnecido, que debe ser restaurado; nos reclama igualmente la Iglesia, que nos ha armado caballeros, y ha fiado á nuestra fidelidad un puesto de honor y de confianza; nos reclaman, en fin, las almas, que están en gravísimo peligro, y de cuya salvación hemos de ser responsables. Todo apremia y nos estimula: estas consideraciones no pueden menos de conmover nuestro ánimo, excitándole al trabajo incesante. Las actas de los apóstoles nos pintan á San Pablo en medio de Atenas, sintiendo *inflamársele el alma, al contemplar las abominaciones de aquella ciudad idólatra*. El celo consumía su espíritu, dice San Jerónimo, *y la palabra divina hervía en su pecho como volcan impetuoso*. Era el mismo es-



píritu de ardiente emulación y de vehemente celo, *que abrasaba el corazón de Jeremias, penetrándole como fuego sus huesos, haciéndole desfallecer el impetu de su voluntad por restaurar el honor de Dios, conculcados por la malicia de los pecadores.* Esta es la fiebre santa que enardece el corazón y el alma de los sacerdotes que merecen bien de la religión; es el fuego espiritual participado del corazón divino, que debemos sentir y fomentar en nuestros pechos, al oír el grito de la impiedad y de tantos errores blasfemos, al sentir el contagio que está invadiendo á las almas, al ver á estas enflaquecidas en la fé y muchas de ellas á punto de capitular con el enemigo, ó hacer con él pactos sacrílegos, y al considerar, por fin, al rededor de nosotros cómo se desconoce la religión, por unos, que nunca se ocuparon de sus verdades santísimas, por otros, que las han olvidado con indiferencia, y por muchos, á quienes nunca se les han enseñado. ¡Plegue á Dios, carísimos hermanos, que no seamos responsables de esta ignorancia de los fieles, los cuales caen por ella tan fácilmente á los golpes de la seducción, ó están incapacitados de practicar la religión por desconocerla.

Os amonestamos, pues, muy amados hermanos Nuestros, á perseverar en vuestros laudables esfuerzos, agrandando vuestro celo y vuestra solicitud con el ardimiento y la abne-



gación generosa que reclaman las condiciones peligrosísimas de estos tiempos y encomendamos á vuestros paternales cuidados y vehementemente amor paternal, el rebaño que se os ha confiado, como á su angel de la guarda; y os encargamos su custodia y asistencia, remitiéndoos á las advertencias que el Príncipe de los apóstoles dirigía á los pastores de su tiempo en el capítulo quinto de su primera carta.

Os hablamos con el amor y la confianza de hermano y de padre, en vuestro corazón, perfectamente conforme y unísono con el nuestro, derramamos las expansiones de nuestro pecho y las efusiones de sus más íntimos sentimientos, lamentando con vosotros en familia las justas pesadumbres, que, como sombra triste, proyecta sobre nuestro ánimo la plaga del descreimiento moderno y del enfriamiento general de la fé cristiana. Muchas veces habeis sido, con vuestra docilidad y fidelísima adhesión, el mejor consuelo para las tristezas de nuestro espíritu, sirviéndonos á menudo de dulcísima satisfacción vuestra cooperación fidelísima y esforzada. Perseverad así, siendo, como dice San Pedro, en el lugar citado, *forma facti gregis ex animo*; y al efecto, no dejéis de alternar todos los dias la oración y el estudio, nunca descuidado con los oficios públicos del ministerio: fructificad, como es necesario y obligatorio, en el ejercicio de la predicación, breve,



pero constante é indefectible; en la enseñanza y explicación de la doctrina cristiana, en la asistencia al confesonario, con el mayor fomento posible de la frecuencia de sacramentos; en la corrección y en las amonestaciones privadas, hechas con caritativa solícitud en beneficio de los que no os oyen, sino vais, como el buen pastor, á buscarlos por los desiertos de su disipada vida; procurad asimismo despertar la fé, adormecida ó muerta con obras ó instituciones de piedad y de celo, llamando á vuestra cooperación, según la prudencia ó la oportunidad os aconseje, aquellas almas de ejemplar fervor y fieles á la religión, que no suelen faltar á Dios en parte alguna; utilizad vuestras visitas paternales á los enfermos y desgraciados, para llamarlos, con el arte divino de la caridad, á los caminos de la gracia y salvación, y visitad frecuentemente las escuelas de los niños, donde sois bella imágen de Jesucristo, y no dejéis de prestar vuestra vigilancia, y vuestra generosa cooperación á la enseñanza saludable que en ellas debe prestarse. Esta es vuestra tarea, que debe excluir toda otra que no sirva directamente para edificación cristiana y crédito de vuestro ministerio. Los dias son breves; la vida entera es como el paso de las golondrinas, y pronto aparecerá el Príncipe de los Pastores, como concluye San Pedro la exhortación á que hemos aludido, y ese Príncipe generoso y gran-



de os repartirá coronas inmarcesibles, que superan á todos los goces y bienes de la tierra.

## VII.

Por vosotros, amadísimos hijos, fieles de Nuestra Diócesis, Nuestro ánimo está lleno de temor y de solicitud vehemente; que si de una parte nos alarma el peligro de vuestra ruina espiritual, nos espanta por otra la cuenta que se nos ha de tomar de vuestras almas, las cuales debemos salvar á costa de todo trabajo, con la cooperación de nuestros venerables sacerdotes. Nuestro deber y el de ellos no tiene límites determinados; pues el negocio de salvaros es tan grande, que importa emplear en él todas nuestras fuerzas, á ejemplo de Jesucristo Pastor modelo. Pero advertid y entended que la medida de nuestros deberes es la medida de la obligación que teneis de oír nuestra voz, de recibir nuestras instrucciones y de practicar los avisos que os dirigimos para preservaros del contagio, del error y de la ruina espiritual que os amenaza. No os dirigimos palabras nuestras y de hombre, sino palabras de Dios, que deben estimarse y guardarse, como preciosas margaritas; y así os repetimos con San Pedro que hagais el mayor aprecio, estimándole sobre todas las cosas, del don de la fé cristiana que se os quiere arrebatarse para perderos; que



guardéis ese tesoro de vuestras creencias religiosas, velando por él como sobre vuestra fortuna entera, y que acrecentando vuestra firmeza y vuestro robustecimiento en la creencia de las verdades religiosas, resistáis llenos de esperanza á las asechanzas del diablo, el cual, como dice el mismo Apóstol, acecha en derredor vuestro, por sí mismo y por sus ministros, malos como él, esperando el momento oportuno para hacer presa en vosotros, y devoraros á mansalva en las tinieblas de la impiedad.

Dice San Bernardo, que así como Dios nuestro Padre celestial está lleno de amorosa solicitud por nosotros y pone de su parte para salvarnos, así el diablo, de la suya, se esfuerza para perdernos, guiado del odio y de la envidia, y nada procura tanto, como hacer imposible la conversión de aquellos que son ya víctimas suyas. Ese perverso espíritu ha multiplicado hoy el esfuerzo de su odio y de su envidia por medio de innumerables emisarios suyos, los cuales circulan por todas partes, transformándose en amigos engañosos, que lisonjean vuestro amor propio y las demás pasiones con mentiras disfrazadas para dar á traición la muerte á vuestras almas. El apóstol San Pedro nos encarga ser sóbrios de entendimiento, y que evitemos la curiosidad de saber y entender cosas que ofrecen mucho peligro por su dificultad de ser bien entendidas; más difíciles y más



peligrosas, para las personas que no poseen conocimientos bastantes para rebatir los errores, por lo cual es frecuente que se beba el veneno de la heregía y de la impiedad en impuros vasos de seductoras apariencias.

Por tanto, amadísimos hijos Nuestros, cumpliendo con nuestro imperioso deber, os recomendamos y os mandamos que vivais constantemente en vigilancia y en guardia, prevenidos contra las asechanzas del error, y os amonestamos con San Cirilo de Jerusalén que tengais *los ojos del espíritu bien abiertos y soñíos para que no sufráis engaño, recibiendo por trigo sano, lo que es cizaña venenosa; ni equivoqueis los amigos, tomando por inocente é inofensiva oveja al que es lobo astuto y carnicero, ni confundais, por fin, al diablo aborrecible que mata y condena, con el angel bendito de Dios que preserva y salva*. Los ángeles son los sacerdotes del Señor, pues aunque seamos, acaso, indignos de ese nombre, ese nombre el mismo Dios nos le ha dado, para significar que nosotros, y solos nosotros, somos enviados por El para anunciar al mundo la verdad de la religión; y por eso hace entender á todos que quien oye á los sacerdotes, le oye á El mismo.

Sed, por tanto, amadísimos hijos Nuestros, muy adictos á la doctrina y á la solicitud de los pastores que por vuestra salud velan junto á vosotros, en nuestro nombre, y mejor, en el



nombre de Jesucristo, que tanto os ama y dió su sangre por vosotros. Amad á vuestros pastores, honradlos, y oidlos como á ángeles de Dios; y si alguno contradice á su enseñanza, ó argumenta contra su doctrina, enseñando lo que ellos reprueban, aunque venga en figura de angel del cielo, tenedle por un maldito, como os lo manda San Pablo.

### VIII.

A fin de que preserveis puro é intacto el tesoro de vuestra fé, evitad con esmero las malas lecturas. La imprenta viene siendo el instrumento de que más han abusado los herejes é incrédulos para combatir la religión y arruinar la piedad y la fé, y por ese medio principalmente se ha verificado el contagio pestilente de la impiedad que tanto lamentamos. Justo es y necesario que lo entendais así, amados hijos Nuestros, para que conozcais donde está el peligro mayor de vuestras almas. Por lo mismo que la imprenta es capaz de ejercer y ejerce sobre los individuos y sobre los pueblos influencias poderosísimas, y sirve mucho al bien cuando al bien se aplica; por eso, cuando se la convierte en instrumento del mal, su acción deletérea se extiende y penetra muy hondo con sus efectos destructores, haciéndose un elemento mortífero para los individuos y



para las sociedades. Sabido es que éstas tienen la base de su fortuna y de su prosperidad en los intereses morales, entre los cuales figura como principal el de la religión, que mantiene el vigor de todos los otros. Menoscabada, pues, la religión, ó si se prescinde de ella, todo respeto y consideración del orden moral sufren quebranto y se extinguen, sobreviniendo luego por necesidad hondas perturbaciones y desconcierto en el orden material de los pueblos, y sucesivamente inevitables cataclismos de toda especie, con miserable empobrecimiento en el orden económico.

La experiencia de todos tiempos, y mejor la de los nuestros, nos hace tocar y palpar la evidencia de estas tristes consecuencias de difícil remedio; y por eso la experiencia, de consuno con la razón, demuestran de irreplicable manera, que todo pueblo influido por una prensa impía é irreligiosa, está en camino de su ruina próxima, y sus hijos en vías de perdición eterna.

No podemos, por tanto, preveniros bastante, amados hijos Nuestros, contra todo género de lecturas perniciosas, y particularmente de los periódicos irreligiosos ó sectarios que por su cualidad de publicaciones permanentes, son un escándalo incesante y causa de inconmensurable daño. Muchos de ellos destilan á la vista la hiel de un ódio satánico contra la religión, que con descarada impiedad atacan. Estos de suyo po-



nen espanto en los creyentes, y si alguno de vosotros no sintiere horror hácia ellos, haria presumir tristemente de haber hecho naufragio en la fé, con peligro muy próximo de eterna ruina.

Otros periódicos hay, que, sin hacer alarde de tanta malicia, son de efectos aún más perniciosos, porque disimulando su impiedad, facilitan su difusión, so color de aspirar á fines de otra naturaleza, que los incautos suelen considerar agenos á la religión. Tan agenos son, en efecto, á la religión y á su observancia los periódicos á que nos referimos, que, lejos de prestar apoyo á la fé, no dejan de hacer ostensión, cuando les viene á mano, de su indiferencia religiosa, ó de su descreimiento, y vierten en el ánimo de sus lectores especies muy ofensivas á la verdad y al honor de la religión y de la Iglesia; esto aparte de que no se recelan de sostener y fomentar paladinamente principios de doctrina que están en contradicción con la enseñanza de la Iglesia; la cual, por tanto, no puede dar patente de católicos á tales periódicos, ni tolerar en paciencia su lectura, sin advertir á los fieles contra ella, como ilícita y perniciosa. La misma política á que parecen estar principalmente consagrados, no puede sustraerse á las reglas de la moral y de la ley divina, cayendo, por tanto, bajo la fiscalización el juicio y la censura de la Iglesia, que es maestra y juez de la doctrina



cristiana, y encargada de enseñarla é intimarla para que sea aplicada á las costumbres de los individuos y á las instituciones de los pueblos. Por eso, en cuanto esa política se opone á las reglas divinas de la moral, y, separándose de su altísimo objeto del recto y justo régimen de los pueblos, se convierte en palenque de bastardos egoísmos, en embarazo á la justa administración del Estado, y en elemento de pública corrupción, merece ser censurada y execrada como inmoral y perniciosísima á los intereses y á los derechos, tanto privados, como públicos, y como contraria, por tanto á toda ley humana y divina. Amonestamos, pues, con las más vivas ansias á nuestros amados diocesanos, que, poniendo el corazón en los bienes imperecederos del cielo, los ojos bien abiertos, en los castigos inevitables de la otra vida, teman la responsabilidad de contribuir á la difusión de tales periódicos, y se abstengan además, de su suscripción y su lectura.

## IX.

Y porque nada hay que mejor franquee las puertas del error, y predisponga las almas á la impiedad, como la ignorancia, os encargamos y os amonestamos, amados hijos Nuestros, que pongais la mayor diligencia en el conocimiento de la religión aprendiendo, ó refrescando la me-



moria de las verdades excelentísimas de la doctrina cristiana, oyendo á ese fin, con puntual asistencia y esmerada atención, las explicaciones que se os hagan de ella.

Vosotros, padres de familia, es preciso que no perdais de vista y no desatendais en modo alguno, el estricto deber que teneis de procurar, sobre todo otro cuidado, la educación moral de vuestros hijos, porque estais mucho más obligados á prevenir y remediar las necesidades de su espíritu, para salvación de sus almas, que á sostener sus cuerpos y cuidar de ellos. Si con inverosímil crueldad abandonase un padre á su tierno hijo, negándole con dureza de corazón. auxilio y amparo en las necesidades ó en el hambre, sería por ello digno de la más negra censura y de abominación: ¿qué diremos de los padres que por negligencia, ó por falta de religión, permiten que sus hijos crezcan en la ignorancia religiosa, ocasionándoles así la desgracia de la muerte eterna, que es un mal incomparablemente mayor que la muerte temporal del cuerpo? Os advertimos, por tanto, padres de familia, que no cifreis vuestras ruines aspiraciones en hacer de vuestros hijos asnos para el trabajo, sino que aspireis á formar de ellos hijos de honor, merecedores del cielo; pues de este modo los hareis también de mayor provecho para vuestra ayuda y vuestro consuelo en la tierra. Enviadlos solícitamente al templo y á la escuela: las horas que



para este fin les sustraigais del trabajo, será como la semilla que se deposita en la tierra, para recibir de ella su fruto multiplicado. Procurad asimismo fomentar en el seno de vuestras familias la piedad y saludable instrucción; pues no hay descanso más dulce para el cuerpo fatigado del trabajo, como poner el alma en comunicación con Dios mediante devotas oraciones, y alimentar el espíritu con la lectura de libros santos. Orad y aprended en familia; así como cuidais de sotener el fuego en vuestros hogares para las necesidades de la vida, procurad que no se extinga en vuestras familias el dulce calor de la piedad religiosa, y todos de consuno, padres é hijos, fomentadle y avivadle con la oración y la lectura, para provecho común de todos en el hogar doméstico.

La viva solicitud que sentimos por vosotros, amadísimos hijos, y el interés supremo de nuestra propia salvación, nos impelen, con apremiantes estímulos, á velar por vuestra salud como estamos obligados, aplicando á vuestra necesidad el remedio de nuestros avisos y amonestaciones paternales. Oidlas y guardadlas, para que sean norma de vuestra conducta, y os preserveis así de todo error en la fé, siendo, además, observantes celosos de la ley divina.

A fin de obtener estos saludables fines, y usando de la potestad que tenemos de Dios nuestro Señor, para regir y gobernar nuestra



grey amadísima, hemos venido en adoptar y dictar las disposiciones y mandamientos siguientes:

1.º Todos los Señores Sacerdotes encargados, por cualquier concepto, de la cura de almas en nuestra Diócesis, velarán con diligencia para advertir y conocer, si á pretexto de comisiones mercantiles, ó de cualquier otra especie, ó con el fin directo y descubierto de reducir á los fieles, aparecen en sus respectivas parroquias emisarios del error, que de palabra, ó repartiendo folletos heréticos, intenten pervertir la fé de nuestros amados diocesanos, ó atacar las prácticas sacrosantas de nuestra religión; en cuyo caso, no solo procurarán con activo celo prevenir eficazmente á sus feligreses, y alejar el peligro de su reducción, llamando en su auxilio, si fuese necesario, el concurso de las autoridades locales; sino que inmediatamente darán á Nos aviso de todo ello, para los efectos que procedan.

2.º Todos los fieles á cuyas manos lleguen impresos de cualquier forma, como libros, folletos, periódicos ú hojas sueltas, en los cuales se blasfeme de Dios, de la Santísima Virgen, ó de los Santos, ó se enseñen impiedades, ó errores contra la doctrina de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, sepan que no pueden leerlos, ni retenerlos en su poder, sin incurrir en la gravísima pena de excomunión; y, por tanto, Nos mandamos á todos y á cada uno de los fieles indicados, bajo la misma pena, que entreguen di-



chos abominables impresos al Señor Cura de su respectiva parroquia, el cual, por la primera y más segura ocasión, ha de remitirlos á nuestra Secretaría de Cámara.

3.º Encargamos con mucho interés á los Señores Curas que, según las necesidades, las conveniencias y los medios conque puedan contar en sus respectivas parroquias, procuren fundar pequeñas bibliotecas de libros escogidos con acierto, para proporcionar lecturas saludables á las familias, bajo las reglas prudenciales que procedan, á fin de que los libros no se distraigan de su objeto, ni se destruyan ni se pierdan; han de procurar igualmente suscripciones á revistas acreditadas y económicas á fin de que circule su doctrina por las familias, y para estas obras de especial utilidad y necesidad en los tiempos actuales, deberán los Señores Curas invocar la ayuda y cooperación de las personas que puedan contribuir á ello, y les facultaremos además para aplicar al mismo objeto alguna parte de los fondos de fábrica, en cuanto sea posible, previo el conocimiento que se Nos dé de las revistas, periódicos y libros que se proyecten adquirir, contando además con Nuestro auxilio, que les prestaremos como mejor podamos.

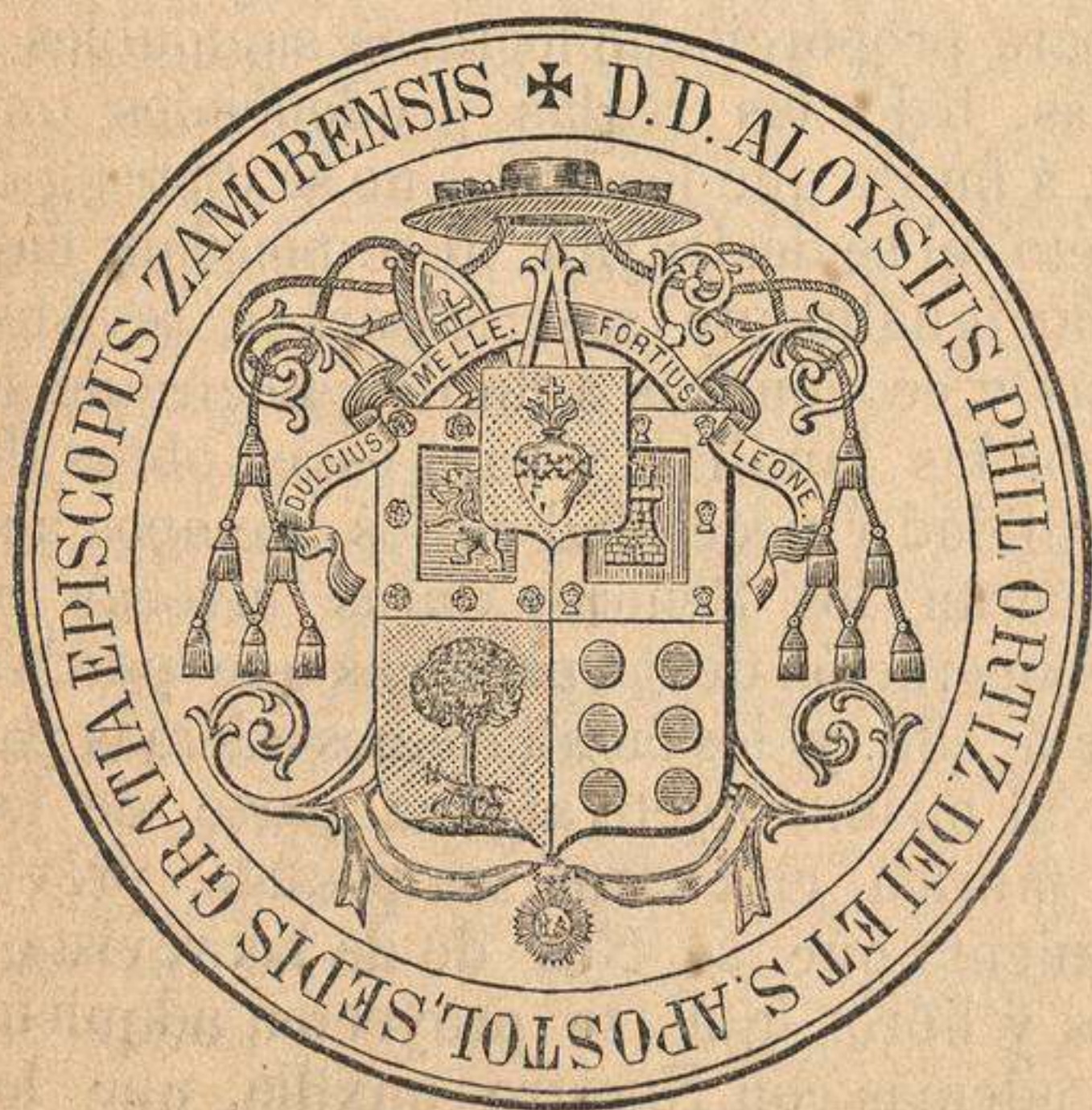
A todos vosotros, amadísimos hermanos é hijos Nuestros, sacerdotes y fieles de Nuestra Diócesis, os otorgamos como señal y en prenda de Nuestro paternal amor la bendición Episcopal



en el nombre del Padre †, y del Hijo †, y del Espíritu Santo † Amen.

Dadas en Nuestro Palacio Episcopal de Zamora, el día 22 de Noviembre de 1897.

Luis Felipe, Obispo de Zamora.



Por mandado de S. E. Ilma. el Obispo mi Señor,  
LIC. ESTANISLAO DE CUADRA,  
*Maestrescuela Secretario*







